

una cosa han de ser inflexibles en su observancia los que la ordenaron.--Las acciones generosas de los niños perderían todo su mérito e importancia, si fuesen premiadas con objetos materiales, pues inspirándoles otro interés se sofocaría el principio de nobleza que se las dictó.—El peor sistema de educación es aquel que produce mayor número de hipócritas o embusteros, y el mejor el que forma mayor número de hombres sinceros y veraces.—No hay situación más despreciable que la del ocio, ni ocupación mejor que la que produzca más utilidad a nuestros semejantes.»

Con esta serie de verdades, y otras que puedan observarse aplicadas en el nuevo método de Pestalozzi, se deducirá si es ventajoso o perjudicial, y podrá la Comisión llenar completamente sus fines, y juzgar con filosofía y política las consecuencias que ha de producir en la educación pública. Así corresponderá a la confianza que depositan en ella el Rey Nuestro Señor y su Generalísimo, y así podrá resolver el Gobierno con el acierto y la seguridad que exige un objeto de esta gravedad. San Lorenzo, 10 de Octubre de 1806.»

A ENRIQUE PESTALOZZI

ODA DEL DUQUE DE FRÍAS

No es eterno el error. La ansiada aurora de la sana razón en dulce día llegó a brillar. El alma pensadora rompió en un tiempo la tiniebla horrible que a la ciencia y al hombre dividía; mas luego que natura vió agitar a sus hijos fascinados con vana discusión la incierta mente, y así perder irrecobrables horas, huyó la vista y encubrió la frente.

Perdido, inútil fué su afán: en vano por falsa senda la verdad hermosa creyó alcanzar su espíritu gigante con paso débil de medroso infante. Pero nació Bacon .. —Permite, ¡oh Clio!, que flores vierta y llanto delicioso sobre su noble tumba, y que le mezcle al Támesis undoso, que al piétago entre glorias se derrumba. Nace Bacon; y el hombre, endurecido en su necia altivez, desprecia y odia lo que su bien y su delicia fuera. Corren dos siglos, y su genio entonces a lucir comenzó; y el mundo entero, como el pastor por el verdoso ejido mira aterrado en noche tenebrosa con ráfagas el cielo enardecido y del monte la cumbre al trémulo fulgor de opaca lumbre; así mirara el suspirado día

que el rayo del saber hirió su frente, entre la que cubría densa tiniebla, la razón naciente.

Newton, Locke, Condillac, el ardua senda también hollaron con gloriosa planta; y Vives, Herder, Kant, y aquél que sabio cual ninguno, en la Helvecia se levanta, al mortal ignorante enseñan a pensar. Los férreos grillos quebranta, osado, del terror que preso en su lóbrega cárcel le oprimía; y el ingenio fecundo despliega y bate el ala presurosa por la ancha redondez del vasto mundo.

Nada entonces se oculta a su eterno observar: la borrascosa mar le presenta rumbos y regiones; la planta, el mineral, la tierra, el cielo, todo se humilla a su saber profundo; y la madre natura dijo, al darle de sabio el alto nombre: «Siglos pasados, contemplad el hombre.»

Dictame y cantaré, numen divino, si a la empresa bastar puede tu aliento. ¡Oh Stanz! ¡Oh Iverdun! ¡Oh sabio Enrique! ¡Cómo al nombrarte conmovirme sientol ¡Oh, si yo fuese!... Pero hablad, hermosas ciudades de la Helvecia, nobles rivales de la culta Grecia; hablad por mí, pues escucháis gozosas,

en verdes grutas y floridos prados,
del genio sin segundo
los ecos celebrados,
¡Gloria, gloria al mortal! ¡Gloria a su nombre!
El piélago profundo
mueva con prestas, apacibles olas
las naves españolas,
que lleven sa invención al Nuevo Mundo;
y sepa que en el punto en quepreciado
te ves, v empiezas a gozar el premio
de tu larga fatiga,
ya lo consagras a favor del hombre
en eterno padrón que el tiempo diga:
«Respeta, asolador, de Enrique el nombre.»

El triunfo es de mi patria, pues primera
fué en adoptar el método divino
que el sonoro Marón cantar debiera.
¡Oh dignos hijos del sublime Enrique!
¡Jóvenes españoles!
La esperanza seréis do mire ufano
nuestro valor guerrero
su brillo renacer, y el orbe entero
mirará enmudecido
de vuestros triunfos la inmortal hazaña.
Venid conmigo, recorred la España,
veréis los monumentos
que nos recuerdan inclitas victorias
de tantos héroes, que a la patria amiga,
ya quebrantando la árabe cadena,
ya rechazando al galo belicoso,
y ya venciendo, en fin, gente enemiga,
darla lograron lustre esplendoroso.

Ved a Hispalis hermosa,
ved al placido Betis, que en su vena
corre de sangre mora colorado;
ved a León y a Burgos y a Toledo:
contemplad y admirad. En sus recintos
fueron los héroes que la patria viuda
hoy llora con dolor; sólo su nombre
puede evitar la ruina desgraciada

de que ha tanto se mira amenazada.

Si, jóvenes preciosos,
vuestra esperanza su esperanza escuda.
Las armas os ceñid con valentía,
y Europa os tiemble cual ardiente rayo,
bajo el pendón triunfante de Pelayo.
Y si a la mar vuestro ardimiento os guía,
a los buques volad; y admire el mundo
que si hubo un tiempo Laurias y Bazanes
para terror de las extrañas gentes,
ilustres capitanes
huelan hoy los iberos entrepuentes.

Huya de Hesperia, en fin, la niebla vaga,
y el sol de la verdad gozar no impida
y artes y ciencias su brillante egida
al torpe olvido opongan que la amaga.
A su luz recobrado
de mi nación el esplendor se vea,
y a Pestalozzi la alabanza sea.

Nunca, ¡oh genio!, te asombre
el rápido rodar de las edades,
todo arrastrando en su veloz carrera.
Homero vive aun; siglos y siglos
corrieron ya sobre su excelsa tumba,
y al pronunciar su nombre,
el eco sonoro:
«¡Homero!» y «¡Gloria!» sin cesar retumba.

Así también, bajo el ciprés sombrío
que cubra tus cenizas respetadas,
tu gran sabiduría
los pueblos cantarán; y al ver alzadas
del hijo dulce las votivas manos
la madre congajosa,
flores y aromas y copioso llanto
vertiendo triste, y levantando al cielo
su rostro, imagen de dolor y espanto
exclamará, del mármol abrazada,
con mortal agonía:
«Vuélveme, ¡oh cielo!, la esperanza mía!»